MARTÍ Y EL DESTIERRO

POR

CESAR LEANTE

Por supuesto, la palabra destierro es mucho más bella que la palabra exilio. La primera tiene una connotación afectiva, entrañable; en tanto que la otra es fría e hiriente. Por tanto, Martí fue un desterrado, no un exiliado (como desterrados son todos los que fuera de su patria por motivos políticos viven en cualquier rincón del mundo respetando la libertad y la dignidad del hombre). No lo fue por voluntad propia, aunque supongo que ya en su *ananké* estaba determinado que lo fuera, pues sólo en el destierro se realizaría. Su patria tenía que ser la humanidad, como alguna vez definió el propio Martí ese sentimiento (pues la patria es ante todo un sentir), tan clavado en él y tan alegórico al mismo tiempo. Martí podía vivir en cualquier sitio del planeta excepto en su tierra natal. Necesitaba distanciarse de ella geográfica y espiritualmente. Sin esa distancia sencillamente no hubiera sido quien fue, y aunque esto cae dentro de lo hipotético, estoy persuadido de su absoluta veracidad. Porque únicamente en la lejanía podía Martí haber mitificado el objeto de su vida, Cuba, y aun su mismo destino.

Quizá no era consciente de esta necesidad de distanciamiento cuando, adolescente aún, marchó al destierro por primera vez en 1870. Pero pronto, yo diría que relampagueantemente, la verdad de este hecho se le hace transparente. No es ni siquiera un acto volitivo, sino la asunción de algo natural, consustancial a su persona. Pues a pesar de ser casi un niño, y en consecuencia necesitado de afectos y atado todavía sentimentalmente a la familia, las amistades, los sitios de su infancia, no hay en él, en puridad, durante los casi cuatro años de primera radicación en España, nostalgia del país y la vida abandonadas. Quiero decir emotivamente, ya que en todos los demás rasgos Cuba y su independencia, su libertad, su acceso a la justicia, serán el centro de su creatividad intelectual y de su apasionada

acción. Y lo que es más: nunca Martí manifestará deseos de regresar a Cuba. Sólo lo hará en el instante cenital de su actividad revolucionaria, como culminación de lo que con tenacidad pasmosa ha venido elaborando por años y años. En suma, sólo volverá a Cuba como conclusión de la obra de su vida y de su vida misma. Ambas, que son una, deben fundirse aquí, en este final supremo, como ese soldado que va camino del cielo y al llegar al sol envaina su espada.

Este rechazo al retorno es evidente en Martí, también desde muy temprano. Cuando, presionado por su familia, por su mujer, por el hijo que le va a nacer y asimismo porque ha terminado la Guerra de los Diez Años, vuelve a Cuba en 1878, casi desde que pone el pie en suelo cubano se siente a disgusto. Así se lo hace saber a Manuel Mercado en enero de 1879: «Primera debilidad y error grave de mi vida —le escribe—: mi vuelta a Cuba». En esa carta hay varios párrafos que son clave para entender el desasosiego en que se halla en Cuba y la personalidad martiana. En uno de ellos exclama: «Yo no he nacido para vivir en estas tierras. Me hace falta el aire del alma... ¡La vida española después de vivir la vida americana!» Y a continuación, quizá, la declaración más reveladora de todas: «El destierro en la patria, mil veces más amargo para los que como yo han encontrado la patria en el destierro».

Esto es, paladinamente, que la patria de Martí será siempre un suelo extranjero (si bien la frase podría interpretarse también como que es en la distancia, en la lejanía, desde otro suelo, donde Martí puede realmente configurarse a Cuba, *encontrar* a su patria. Evidentemente, la confesión participa de ambas interpretaciones). Este suelo extranjero será el México de Lerdo de Tejada, la Guatemala de Rufino Barrios, incluso Venezuela, pese a la brevedad de su estadía y a Guzmán Blanco; pero lo será, sobre todo, los Estados Unidos, y dentro de éstos, más ceñidamente, la cosmopolita Nueva York, la ciudad más universal del orbe: la humanidad, que es la verdadera patria para Martí, parece resumirse aquí. El hecho de que Cuba sea española, de que viva ahogada y de que, por lo tanto, el aire de libertad del que precisan los pulmones de Martí no exista, sino una atmósfera insana y para él vil, es capital en el ostracismo casi voluntario de Martí. Pero estoy cierto también de que requiere del extrañamiento por otra suerte de razones. Martí es, ante todo, un espíritu ecuménico, y la aldea que era La Habana —y Cuba en su totalidad— entonces mal podía avenirse a las ansias y al vuelo intelectual martiano. La manera enérgica en que fustiga el aldeanismo en «Nuestra América» lo proclama: «Cree el aldeano ignorante que su aldea es el mundo...» Por otra parte, desde el interior de la Isla, la perspectiva de ésta, y quizá el proyecto final que albergaba para ella, se le hubieran oscurecido. El árbol le habría impedido

ver el bosque. Es probable que la vida cominera, parroquial de Cuba, hubiera estrangulado su espíritu. Claro que en Martí esto jamás habría ocurrido, pues de algún modo él se hubiera impuesto a la mediocridad. Pero necesitaba tender su vista sobre Cuba en panorámica, desde una altura que le concediera el conjunto, la totalidad y no el menudeo. Anímicamente, la perspectiva le otorgaría también algo esencial para su entrega: la mitificación de la tierra en que naciera, como si de una mujer amada se tratara. Todas sus virtudes, supuestas o reales, destacarían, y ninguno de sus defectos.

Siempre me he preguntado por qué Martí consagró su vida de una manera tan apasionada, tan ardiente, tan íntegra a algo tan menor a su estatura espiritual como lo era la independencia de Cuba. Y se ha ido abriendo paso en mí la idea de que la revolución cubana no era sino la anécdota, cuando lo medular en este drama es el personaje mismo, su protagonista, Martí. Un personaje que hubiera resplandecido en cualquier otro escenario. Pero, claro, salta la pregunta: él, que tuvo todas las opciones, cualquier otra alternativa, ¿por qué escogió ésta? La respuesta no puede ser otra que, sin duda, por su grandeza. De alguna forma comprendió que necesitaba moverse sobre un tablado colosal, medirse con lo descomunal, retar lo insólito para comprobar su propio tamaño. Las grandes tareas dan también la medida de quien se lanza a su realización. No quiere esto decir que no lo motivara igualmente un profundo amor a Cuba, que incuestionablemente él idealizó (en Martí, lo místico y lo simbólico son inextricables). Y Cuba, asimismo, como metáfora de algo que la rebasaba, desbordaba y que puede sintetizarse en una palabra: libertad. Pues Martí amó, por encima de todo, *lo libre* en sus múltiples formas, y lo diría de múltiples maneras.

Lo halló —lo libre— en el destierro, particularmente en los Estados Unidos, único país del mundo que lo «sorprendió» y donde, si de una parte, se han dado cita «todos los problemas», de la otra ha conjurado a todos los hombres «al reclamo de la libertad». Por ello, «se puede respirar libremente, por ser aquí la libertad fundamento, escudo, esencia de la vida». Pese a sus numerosos conflictos, contrastes, paradojas, contradicciones, ese aire del alma buscado por Martí flota aquí.

Muchos serán los reproches que Martí le haga a la vida norteamericana y muchas las advertencias que contra el poderoso vecino dirigirá a las débiles naciones del sur; pero jamás pondrá en duda que en la patria de Washington, de Lincoln y de Whitman la libertad existe. Y es precisamente esa «esencia de vida» lo que quiere trasladar a su país y lo que defenderá fieramente en cualquier circunstancia, aun a costa de ser injusto, como posiblemente lo fue en el conocido episodio de 1884, que lo apartó de

Gómez y de Maceo. Vale la pena reproducir *in extenso* la carta que le escribe al primero el 20 de octubre de 1884: «... hay algo que está por encima de toda la simpatía personal que usted pueda inspirarme, y hasta de toda razón de oportunidad aparente, y es mi determinación de no contribuir en un ápice, por amor ciego a una idea en que me está yendo el alma, a traer a mi tierra un régimen de despotismo personal, que sería más vergonzoso y funesto que el despotismo político que ahora soporta, y más grave y difícil de desarraigar, porque vendría excusado por algunas virtudes, establecido por la idea encarnada en él y legitimado por el triunfo».

«Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento».

Palabras proféticas, premonitorias de lo que ocurriría casi un siglo más tarde, de una claridad solar, aunque Máximo Gómez escribiera en el dorso de esa carta que había sentido viva simpatía por Martí y que por ello le había sido muy «sensible» «leer sus conceptos», a los que calificaba de «insultos inconsiderados». Pero Martí prefería esta calificación a su advertencia que tolerar actitudes despóticas, aunque viniesen de patriotas tan probados como el general Gómez. Era el futuro de Cuba lo que estaba en lid, y por encima de cualquier consideración no permitiría él, mientras tuviera fuerzas para impedirlo, que se la tratara como a botín de caudillos. Ya antes, cuatro años atrás, había alertado al general Emilio Núñez contra la actividad revolucionaria ejercida como una profesión: «No merecemos ser —le había escrito, pidiéndole que depusiera las armas en la Guerra Chiquita, ya francamente perdida—, ni hemos de ser tenidos por revolucionarios de oficio, espíritus turbulentos y ciegos, por hombres empedernidos y vulgares, capaces de sacrificar vidas nobles al sostenimiento de un propósito...» Y todavía antes, al encarar a la República española de 1870, que en abierta contradicción con sus principios se negaba a reconocer la independencia de Cuba, había acusado: «Imponerse es de tiranos. Oprimir es de infames». No variará ni un milímetro en toda su existencia el enjuiciamiento de una tiranía que no era ejercida únicamente por la nación opresora de su patria, sino que connotaba una suerte de concepto del alma ornado no pocas veces de atributos seductores. Así lo expresa al declinar aceptar la invitación que los emigrados cubanos en Filadelfia le hacen para que hable en la conmemoración del 10 de octubre de 1885. Le dice al presidente del Club Patriótico: «Y como creo, por lo que hace a mí, que la tiranía es una y la misma en sus varias formas, aun cuando se vista en algunas de ellas de nombres hermosos y de hechos grandes...» Que es prédica constante martiana este alerta contra el despotismo («de extraños y propios», añadiría él), lo revela la carta que un año después le envía a Rodríguez Otero: «(No hay) sujetos más despreciables que los que se valen

de las convulsiones públicas para servir, como coquetas, su fama personal o adelantar, como jugadores, su interés privado... La patria es ara, no pedestal». Frente a este peligro, siempre latente y menos advertible por no provenir de filas enemigas, sino de inconfesables ambiciones interiores, asume Martí el papel de celoso guardián. Lo pregonaba en su discurso del 10 de octubre de 1888 en el Masonic Temple: «Nosotros somos el freno del despotismo futuro y el único contrario eficaz y duradero del despotismo presente».

En contraposición a la tiranía, al despotismo, ¿cómo veía Martí la república, que, según haría explícito en el Manifiesto de Montecristi, ya debía de estar en germen en la lucha insurreccional? ¿Cómo concebía él la libertad de su país y, más aún, la del hombre en general? Escuchemos estas dos sentencias o confesiones o anhelos suyos, ya que en Martí nada es *úrase*, sino ardiente deseo: «La independencia de un pueblo consiste en el respeto que los poderes públicos demuestren a cada uno de sus hijos...» «... en mí es locura el deseo, y roca la determinación, de ver guiadas las cosas de mi tierra de manera que se respete como a persona sagrada la persona de cada cubano».

El individuo, el ser humano en singular, el yo de cada quien como única garantía de que el despotismo propio no prosperaría, sería su barrera. Frente al degradante concepto marxista de «masa», incluso de pueblo, que convierte en rebaño o manada a los hombres, el limpio y honroso nombre de persona. No es de extrañar, pues, que al concebir el ordenamiento jurídico de la futura República de Cuba, Martí alzara cristalinamente: «Quiero que la ley primera de mi patria sea el respeto a la dignidad plena del hombre».

Sin duda, tanta limpieza estaba en él desde siempre, pero no es osado pensar que el destierro, su patria verídica y no la Cuba esclavizada, sin «aire del alma», remachó en su corazón tan nobles convicciones. De algún modo, Martí es hijo del destierro.